

STEINBOCK, ANTHONY J. No se trata del don. *De la donación al amor*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2023, 189 pp. Edición a cargo de Hernán G. Inverso.

Juan José Álvarez Rubio

UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES
JUAN.ALVAREZR@MAIL.UDP.CL

En el seminario impartido entre 1978-1979 en la ENS-Ulm con el título “Dar – el tiempo”, Derrida dedica un extenso análisis a la cuestión del don. Retomando la lectura iniciada en “Ousia y Gramme”¹ sobre la comprensión metafísica o así llamada “vulgar” del tiempo circular que desde Aristóteles hasta Hegel ha sido determinada por la “parálisis aporética”² de la presencia modificada del presente continuo (ahora-presente, presente-pasado, presente-futuro), Derrida busca pensar un don sin circularidad, sin retorno a sí, sin reapropiación de sí, a partir de la “singular o doble condición tanto del don como del tiempo”:³ el don que se presenta como tal se destruye a sí mismo, cae en la interpretación exotérica de un tiempo que no existe como tal, pero que no es nada, “que es ser sin *ser(lo)*”.⁴ Es lo que se observa, a nivel antropológico, en el *Ensayo sobre el don* de Marcel Mauss: en la medida en que el donante debe dar un objeto o un símbolo determinado, y correlativamente, el donatario está obligado a recibirlo, el don, hasta en el exceso del *potlatch*, se anula a sí mismo en el círculo de la reciprocidad y el intercambio. De ahí que Derrida sostenga que, para que haya don, es necesario que se produzcan las siguientes condiciones. 1) El desconocimiento del donatario: el don, si lo hay, debe ser absolutamente desconocido, por ignorancia y por olvido, de parte de quien acepta el don o lo recibe. Debe recibir, pues, más allá de toda restitución posible, sin deuda, en la ingratitud absoluta. “Es preciso, en último extremo, que no reconozca el don *como* don. Si lo reconoce *como* don, si el don se le *aparece como tal*, si el presente le resulta presente *como* presente, este simple

¹ Jacques Derrida, “Ousia y Gramme. Nota sobre una nota de *Sein und Zeit*”, *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra, 2013, pp. 68 y siguientes.

² Jacques Derrida, *Dar (el) tiempo, I. La falsa moneda*. Barcelona: Paidós, 1995, p. 36.

³ *Ibíd.*, p. 37.

⁴ *Ibíd.*, p. 36.

reconocimiento basta para anular el don”.⁵ 2) La no-intencionalidad del donante: el don, si lo hay, debe estar totalmente liberado del acto intencional de dar del *ego* trascendental y constituyente. La intención-de-dar, el sentido intencional del don, implica “la imagen gratificante de la bondad o de la generosidad, del ser-donante que, sabiéndose tal, se reconoce circular, especularmente, en una especie de autorreconocimiento, de aprobación de sí mismo y gratitud narcisista”.⁶ Es decir, la conciencia de sí del don anula el don. 3) La inapariencia del don *como don*: “*En último extremo, el don como don debería no aparecer como don: ni para el donatario, ni para el donante*”.⁷ En la medida en que el reconocimiento hace aparecer el don como cosa, lo determina como ente presente apto de comercio, intercambio, reapropiación económica, lo cancela como don. En efecto, para que haya don, debe sustraerse del ámbito de la representación, ha de ser secreto, lo cual no quiere decir que tenga que renunciar a su fenomenalidad, sino que debe aparecer como lo impresentable de la presentación misma: “[E]l don no *existe*, no se *presenta*. Si se presenta, ya no se presenta más”.⁸ Visto así, el don no existe ni aparece como tal, no puede estar presente y ser identificado intuitivamente como tal, no puede aparecer sino como la experiencia de lo imposible, es decir, como otro, como la imposible condición de la experiencia. El don, si lo hay, no puede ser sino a condición de una interrupción de la economía del tiempo: “[N]o puede haber don sino en el instante en que una fractura haya tenido lugar en el círculo: en el instante en que toda circulación haya sido interrumpida y a *condición* de ese instante”.⁹ Este “instante” no es un “ahora” encadenado a la síntesis originaria del presente y el no-presente, sino la escansión lógica y temporal que rompe la continuidad del sentido. Advenimiento. El don, si lo hay, viene como acontecimiento: “[P]ara que haya don, el acontecimiento de don, es preciso que alg‘una’ persona dé alguna ‘cosa’ a otro alguien”.¹⁰ En la medida en que el don no puede aparecer como tal para que tenga lugar, debe venir más allá de la economía de la percepción-conciencia, más allá del horizonte de anticipación. El don no llega como venida de lo que viene, ya se trate de algo o de alguien, qué o quién. No hemos de verlo venir, debe caernos encima de manera imprevisible. Como señala Derrida en otro lugar: “El acontecimiento, si lo hay, y para que sea puro y digno de ese nombre, no viene delante nuestro, viene verticalmente: puede venir de arriba, de lado, por detrás, por debajo, ahí donde los ojos no pueden coger,

⁵ *Ibíd.*, p. 22.

⁶ *Ibíd.*, p. 32.

⁷ *Ibíd.*, p. 23.

⁸ *Ibíd.*, p. 24.

⁹ *Ibíd.*, p. 36.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 21.

justamente, no pueden coger anticipando o prendiendo o aprehendiendo”.¹¹ Si el don no puede llegar más que como acontecimiento, y no hay acontecimiento sin la sorpresa de lo que viene verticalmente, de detrás o de arriba, entonces, si lo hay, llega como la experiencia hacia, a través o desde la venida del otro, en una situación que viene de no se sabe dónde, quién o qué. Por consiguiente, el don, si lo hay, debe anunciarse ya como fenomenológicamente imposible, y debe desafiar todas las experiencias teóricas, cognitivas, todos los juicios del tipo “he recibido”, “yo he dado”, “el don está dado”, etc.

Ahora bien, frente a este planteamiento del problema del don se podría hacer la siguiente objeción. Si en la perspectiva de Derrida, para que el don sea posible, para que el acontecimiento del don sea posible, debe aparecer como imposible, la realidad experiencial del don se reduciría simplemente a un objeto o un símbolo determinado, sin tener en cuenta el vínculo social entre el donante y el donatario que estructura, interna y esencialmente, antes incluso de cualquier forma de retorno o intercambio, de contra-don o deuda. Un dar así no puede tratarse del don, pues implica ante todo atender a las formas de socialidad que permiten que el don aparezca y aparezca como tal. Este es el propósito de Anthony J. Steinbock en el libro recientemente publicado en español *No se trata del don. De la donación al amor* (2023). Si bien Steinbock concuerda con Derrida en que, para que haya don, debe aparecer como lo imposible, esa imposibilidad no se explica por el desconocimiento, la no-intencionalidad o la inapariencia del don, sino en virtud de lo que él llama la “revelación vertical del amor”: “[E]l don ocurre en el directo amor de la participación con otro y, en lo que concierne al receptor, en humildad”.¹² Para Steinbock, el problema no es si se puede interrumpir el intercambio del don y abrir el círculo temporal para ir más allá de su para-sí, sobrepasar la aporía: “[L]o aneconómico en esta dinámica es el *amor*. Incluso una ‘respuesta amorosa’ es ella misma creativa, libremente iniciada sobre la base del amor (generativo), no un intercambio ni una reacción como efecto a una causa”.¹³

¹¹ Jacques Derrida, “Pensar hasta no ver”, *Artes de lo visible (1979-2004)*. Pontevedra: Ellago, 2013, p. 60.

¹² Anthony J. Steinbock, *No se trata del don. De la donación al amor*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2023, p. 175.

¹³ *Ibíd.*

En efecto, para desandar el camino andado por Derrida y exponer el amor que funda originariamente el don, Steinbock propone resituar la cuestión del don de la siguiente manera. En el primer capítulo, “La sorpresa, el don y la humildad”, interroga críticamente la asociación entre el don y la sorpresa. De acuerdo con Steinbock, la sorpresa es la experiencia de la “explosión del noema”: cuando experimentamos una donación inesperada, el sentido noemático de la vivencia no es eliminado, sino reactualizado retrospectivamente. En este sentido, la sorpresa se expresa en términos de “creo lo que no puedo creer”: el sentido es reconstituido y reintegrado en la actitud de creencia. De ahí que sostenga que la sorpresa no es un mero afecto, sino más bien una emoción que instiga la actividad yoica. Sin embargo, la sorpresa no es una “emoción de otredad”, como lo señala en *Emociones Morales* (2022),¹⁴ no es susceptible de revelar el ámbito relacional de la experiencia. En la medida en que la sorpresa me retrotrae a mí mismo para restaurar la continuidad del sentido, no puede tratarse del don, no me revela a mí mismo ante otro. Para Steinbock, el don solo puede aparecer de modo correlativo a la experiencia de la humildad. En la humildad no hay expectativa de mérito ni de retorno, no admite intención, cumplimiento ni frustración, sino que me auto-doy como habiéndome recibido Yo mismo, es decir, no como auto-fundado sino orientado por o desde otro, de manera interpersonal.

Steinbock dirige enseguida su mirada a la manera en que la relación entre el dar y el don es considerada en la tradición fenomenológica; en particular, en la concepción heideggeriana del *Es gibt* como *Ereignis* que da el Ser para superar la *Machenschaft* o maquinación metafísica. En el segundo capítulo, “¿Qué da? Heidegger, la maquinación y los judíos”, Steinbock busca comprender de qué manera el *Ereignis* es un puro dar alejado de la experiencia interpersonal y, por tanto, de la existencia moral. Tras establecer que la maquinación que Heidegger asocia a la *Weltjudentum*, al “mundo de la judería”, entendido como el control racional, técnico-científico y cuantitativo de la realidad, no es solo un asunto político o racial del nazismo sino metafísico (por cuanto, a ojos de Heidegger, los judíos son portadores del olvido del Ser), Steinbock considera que la tentativa “esotérica” de superar la alienación del Ser a través del “Se da” como *Ereignis*—donde los dones no son eliminados en el envío sino apropiados en él, y tienen lugar en el “Tener lugar” como retiro o expropiación— implica reconocer, siguiendo a la mística abrahámica, donde la “Madre” o el “Padre” se dan como y en los hijos, que el

¹⁴ Anthony J. Steinbock, *Emociones morales. El clamor de la evidencia desde el corazón*. Barcelona: Herder, 2022.

dar *acompaña* a la donación *como* don. Más precisamente, como amar, donde el “Se” que da tiene lugar como Movimiento Amante-Amoroso que adviene en y a través de la revelación del amar. Visto así, lo que Heidegger excluye del “Se” o *Ereignis* es el nexo interpersonal e Inter-personal en que los dones se vuelven significativos, de manera que la maquinación es problemática no por el olvido del Ser, sino por apartarse de la dimensión moral y religiosa en la cual el otro se revela como amado.

El problema del olvido es retomado en el tercer capítulo, “Superar el olvido. El desafío de la auto-donación en Michel Henry”, para examinar la cuestión del retiro, el dar y el don desde la perspectiva de una fenomenología religiosa. A partir de un profundo estudio de la filosofía de Henry, Steinbock argumenta que el olvido ontológico, existencial e histórico de la inmanencia no puede ser superado a través de la trascendencia, puesto que la auto-revelación de la esencia no se da a sí misma como manifestación. Más bien, la superación de tal ocultamiento requiere una auto-transformación en el Hijo de Dios que consiste en realizar obras piadosas (alimentar al hambriento, cuidar al enfermo, consolar al afligido, etc.) que permiten redescubrir la vida del yo como un Mí mismo trascendental o cristiano dado a mí mismo, y como un Mí mismo que es dado a mí mismo en la Archi-donación de la Vida absoluta a través de la mediación de Cristo. Sin embargo, para Steinbock, practicar una ética cristiana en el mandamiento de amar al prójimo como Hijo de Dios en el Hijo no conduce necesariamente a una transformación del mundo a partir de la fuente, como sugiere Henry, sino que transforma el mundo desde la fuente del mundo en el mundo, de modo que resulta incierto en qué medida el don de la piedad, al igual que el *Es gibt* heideggeriano, queda retenido en el dar, en la auto-afección de la Vida absoluta.

En el cuarto capítulo, “El fenómeno pobre. Marion, la donación y la saturación”, Steinbock busca mostrar de qué manera el fenómeno que se da a sí mismo en la experiencia perceptual y judicativa como meramente formal, universal, sin contenido ni diferenciación material, aquello que Marion denomina “fenómeno pobre”, no puede darse en el modo de donación saturada de la “revelación”, sino como “verticalmente de-limitado”, es decir, en apertura a lo que está más allá de sí mismo, pero en y a través de su donación. Aunque el concepto de de-limitación vertical está ya planteado en *Phenomenology and Mysticism* (2007) como liberación del fenómeno de su estructura perceptual, pero también como

“epifanía” que abre la dimensión religiosa de la experiencia,¹⁵ aparece aquí entendido bajo una nueva luz: a diferencia de lo que Steinbock califica como “fenómeno denigrado”, el fenómeno restringido en su verticalidad, lo que equivale a la pobreza del orgullo del adonado, el “fenómeno de la humildad” es el puro movimiento de de-limitación y, por tanto, de liberación personal que, a través del amor, me abre a mí mismo como Mí mismo, como relacional e inter-Personal.

El resultado de estos análisis se condensa en el quinto capítulo, “Resituando el don en Maimónides. Participación y liberación”, donde Steinbock deja a un lado el problema del don, el dar y la donación, que hasta el momento había considerado a partir de una fenomenología estática y genética, para retroceder hacia un enfoque generativo orientado a dar cuenta del fenómeno geo-histórico, cultural e intersubjetivo que llama “dar-el-don”. En contraste con la imposibilidad del don sugerida por Derrida, para Steinbock lo que permite que el don aparezca y aparezca como tal es el amor. Para fundar esta postura, Steinbock acude a la triple reducción fenomenológica de las condiciones trascendentales del intercambio formulada por Marion, suspendiendo la realidad del donatario, del donante y del don. Según Steinbock, esta operación no solo permite abandonar la actitud natural para situarse al interior de una perspectiva fenomenológica, sino también, y por lo mismo, remontarse al plano generativo de la donación. Más exactamente, a los ordenamientos de *tzedakah* de Maimónides, cuyo grado “más alto” es hacer un *mitzvah*, una “buena acción”, inherentemente vertical y relacional, que se realiza en la conexión con la fuente moral y religiosa del mandamiento y se da a través del amor que se deriva de ese dar-el-don. De esta manera, la estructura esencial de la donabilidad y la aceptabilidad depende de la participación y de la liberación de las limitaciones materiales, yoicas, espirituales, etc. No se trata del don, sino más bien de la intervención directa con otros y de la de-limitación vertical del amar.

Se comprende, llegados a este punto, la diferencia y el diferendo que separa a Steinbock de Derrida. Como señala en la “Conclusión”: “Podemos acordar con Derrida que un sujeto nunca puede dar o recibir puramente un don y que el ‘sujeto’ y el ‘objeto’ son efectos detenidos del don. Pero [...] [n]o es porque el puro don sea la figura de lo imposible, sino porque no hay ‘sujetos’ que estén implicados en el dar-el-don en primer lugar; además, la dinámica misma descrita por Derrida ignora la relación entre *mitzvah*/amar y humildad en la cual el don

¹⁵ Anthony J. Steinbock, *Phenomenology and Mysticism. The Verticality of Religious Experience*. Bloomington: Indiana University Press, 2007.

puede aparecer y ser recibido en un nexo interpersonal e inter-Personal”.¹⁶ En otros términos, puesto que el dar-el-don no opera según la correlación sujeto-objeto de los niveles estático y genético, sino generativamente como una donación que se revela en la participación e intervención directa con el otro como interpersonal (como desde y con personas finitas), así como también en la experiencia de lo inter-Personal (como desde y con la Persona infinita). De tal manera que lo que interrumpe la mediación o la economía circular, lo aneconómico, no depende según Steinbock de las condiciones de imposibilidad del don tal como sugiere Derrida, sino más bien de la donación vertical o religiosa del amor: “El ‘don’ está fundado en el amor interpersonal, que tiene su fuente más profunda en el infinito Amor inter-Personal o santidad”.¹⁷

Cabría sin embargo preguntarse: ¿De dónde viene el amor que funda el don? ¿Qué puede llevarnos a amar de tal o cual manera, a entregarnos a tal o cual sentimiento de amor para dar-el-don? La respuesta de Steinbock, como hemos visto, radica en el *mitzvah*: cuando el donador como el donatario han sido reducidos, o en términos de Maimónides, cuando alguien da sin saber a quién da y sin que el receptor sepa de quién recibe, doy por amor, no para felicitarme o para que otro me lo agradezca, sino que doy por el dar mismo, doy por el *mitzvah* mismo: “[E]l *mitzvah* es un don interpersonal que emerge desde y para la relación interpersonal. Al observar el *mitzvah*, estoy conectado con El que ordena”.¹⁸ ¿Acaso esto no equivale a reconocer que el amor que funda el don no depende nunca de la decisión activa, libre, consciente, autónoma y soberana de un sujeto, sino que viene del otro, de una decisión pasiva que es siempre la decisión de otro, de otro absoluto que decide por mí y en mí? Es lo que observa Derrida con el neologismo de “amancia”, es decir, el sentimiento o el “latido del corazón” que está más allá del amor y la amistad, más allá de todas las épocas, culturas o tradiciones, más allá de la *philia* griega, del amor cortés o de la mística: “Sin duda rebelde a la concepción decisionista de la soberanía o de la excepción, esta heteronomía no contradice a la autonomía, abre esta a ella misma, representa el latido de su corazón. Otorga la decisión al don, si lo hay, como don del otro”.¹⁹ En la medida en que dar-el-don, la decisión del don, es una decisión absolutamente heterogénea, viene del otro –del acontecimiento de la amancia en

¹⁶ Anthony J. Steinbock, *No se trata del don*, p. 174.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 176.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 167.

¹⁹ Jacques Derrida, *Políticas de la amistad seguido de El oído de Heidegger*. Madrid: Trotta, 1998, p. 87.

Derrida; de la verticalidad del amor en Steinbock–, la decisión ya no decide. Es imposible. No porque ningún sujeto dará o recibirá jamás un don, sino porque el don, si lo hay, no aparece nunca como tal, aparece bajo la no-fenomenalidad del otro como tal, es decir, como otro inter-Personal que viene de arriba, o como otro interpersonal que viene del lado; en cualquier caso, como la singularidad absoluta de una alteridad que vuelve indecible lo que o quién decide. En esto, Derrida y Steinbock no están tan lejos. Solo que Steinbock logra dar cuenta de la imbricación de las dimensiones religiosa, moral y estética de la cuestión del don en un sentido que Derrida nunca desarrolló.

Este es quizá el gran aporte que hace aquí Steinbock, en la medida en que lee y firma el corpus derridiano escribiendo otra cosa, contrafirmándolo, sin traicionar el llamado de la primera marca, inventándolo.